

DE SAN JUAN PABLO II A HEBREOS: CORPORALIDAD COMO DON EN EL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO

FROM SAINT JOHN PAUL II TO HEBREWS: CORPORALITY AS A GIFT IN THE SACRAMENT OF MARRIAGE

por CAROLINA INÉS DÍAZ

Pontificia Universidad Católica Argentina

carolinainesdiaz@gmail.com

ORCID: 0009-0005-5179-508X

Recibido: 20/4/2023 - Aprobado: 30/4/2023

Resumen:

El estudio busca profundizar principalmente en la realidad del cuerpo humano, en tanto que posibilita el don amoroso de sí entre los esposos, dentro del marco epistémico que otorgan las catequesis que san Juan Pablo II denominó con el título de *El amor humano en el plan divino*. Para lograr el objetivo propuesto, se analiza el significado de la corporalidad en relación con el sacramento del matrimonio, presentada principalmente en la quinta parte del conjunto de las catequesis; y se confronta con *Hebreos 10,5*; versículo en el que pareciera encontrarse una cierta armonía temática con la propuesta del romano pontífice.

Abstract:

The focus of this study is to delve into the importance of the human body as the enabler of the gift of mutual love between spouses. This is set within the epistemic framework of the catecheses of Saint John Paul II, named *Human Love in the Divine Plan*. To achieve this, the meaning of corporality in relation to the sacrament of marriage is analyzed. This is primarily presented in the fifth part of the catecheses. The analysis also challenges the verse *Hebrews 10,5* which appears to share a similarity with what the Roman pontiff proposes.

Introducción

San Juan Pablo II, en la quinta parte de sus catequesis, se adentra en el estudio de la analogía existente entre el Sacramento del matrimonio y el matrimonio de Cristo con la Iglesia, en cuanto al misterio de amor que manifiesta esa unión y el significado-clave que posee para la comprensión teológica del cuerpo humano, tanto metafóricamente como de manera concreta. A su vez, la *Carta a los Hebreos* se centra en la humanidad de Cristo y, para ello, profundiza en la importancia y función de su corporalidad para la donación de sí mismo a la Iglesia: Nuestro Señor, al entrar en este mundo dice “No has querido ni sacrificio ni oblación, en cambio me has formado un cuerpo”¹.

En relación con el papel de la corporalidad del hombre en el sacramento del matrimonio, el pasaje de *Hebreos* pareciera presentar la posibilidad de apertura a una dimensión de comprensión y lectura en concordia con la propuesta del santo Padre. La proposición de estudio, por lo tanto, se manifiesta, en este caso, al seguir la hipótesis planteada por san Juan Pablo II en las catequesis: que los principios, los presupuestos expuestos y su interpretación se encuentran

Palabras clave

Corporalidad - Don - San Juan Pablo II - Matrimonio - Carta a los Hebreos

Keywords:

Corporality - Gift - St. John Paul II - Marriage - Epistle to the Hebrews

¹ *Hebreos 10,5*.

todos desarrollados “[...] a la luz de lo que Cristo nos dijo sobre el cuerpo humano”² y que son principios ya enunciados como simiente en el Antiguo Testamento³.

El objetivo del estudio es indagar, entonces, desde una mirada teórica, en la realidad de la donación amorosa y recíproca de la corporalidad humana, dentro del sacramento del matrimonio. Para lograr el objetivo propuesto, se buscará confrontar los textos y encontrar una suerte de continuidad temática entre ellos. La propuesta de investigación se centrará, en este sentido, principalmente en la quinta parte de las catequesis sobre la «teología del cuerpo»⁴; así como en el estudio y análisis del versículo de la *Carta a los Hebreos*, con la guía del Comentario realizado por santo Tomás de Aquino⁵. Finalmente, a modo de conclusión, se presentarán aquellos puntos que se consideran más significativos del resultado de este análisis, fruto del encuentro dado entre las fuentes estudiadas.

Es importante aclarar que el estudio que se realiza es acotado y no pretende agotar el tema, sino manifestar breve y humildemente la riqueza que puede encontrarse al articular los textos sugeridos. Se invita, en este sentido, a seguir profundizando en la conjunción.

1. Gran misterio es éste

Antes de comenzar con el punto en cuestión es importante detenerse primeramente en el marco teórico de las catequesis dedicadas a la denominada «teología del cuerpo». En las reflexiones acerca del amor humano en el plan divino, la redención del cuerpo y la sacralidad del matrimonio, san Juan Pablo II plantea un fundamento antropológico y ético para la Encíclica *Humanae vitae* del papa san Pablo VI.

La Encíclica, en palabras de san Juan Pablo II quiere “ser, efectivamente, respuesta a los interrogantes del hombre contemporáneo”⁶. Interrogantes que, ya desde finales del siglo XX y comienzos del siglo XXI, surgen de problemas puntuales del contexto histórico y que están centrados en la temática concreta del amor humano y su finalidad⁷. *Humanae vitae*, en este sentido, analiza los interrogantes propuestos desde una mirada total, personalista del ser humano, y deja la puerta abierta para tratar temas teológicos y de bioética actuales. La propuesta de la «teología del cuerpo», en línea con la Encíclica y siguiendo los principios expuestos, busca entonces adentrarse –desde una mirada teológica y filosófica– en el ser humano, para volcar los estudios realizados a la realidad cotidiana de las personas por medio de “su aplicación concreta en el ámbito de la moral conyugal y familiar”⁸. San Juan Pablo II se centra, para lograr esta finalidad, en el análisis del designio inicial de Dios para los seres humanos y las palabras de Cristo en las Sagradas Escrituras.

Si se sigue el recorrido temático que se sucede a lo largo de las diferentes audiencias, en la quinta parte de sus catequesis, san Juan Pablo se introduce específicamente en la cuestión del amor nupcial o conyugal y en el gran misterio que de esta unión se vislumbra. Y, puede verse cómo, a lo largo de todo el capítulo, busca poner en relieve el sentido profundo de la sacralidad del cuerpo y su significado «esponsal»: al presentar el significado concreto del cuerpo humano “en su perenne masculinidad y feminidad, en su perenne destino a la unión en el matrimonio”⁹, se descubre, asimismo, el significado metafórico, en el cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia. De esta forma, la relación de los cónyuges se presenta como analogía de la relación de Cristo con la Iglesia. Así, el matrimonio cristiano, imagen de la relación entre Cristo y la Iglesia, es, al mismo tiempo, “revelación y realización del misterio de la salvación, de la elección de amor, «escondida» desde la eternidad en Dios”¹⁰.

Al considerar las ideas propuestas por san Juan Pablo II en la quinta parte de las catequesis, se pueden vislumbrar, por lo tanto, dos niveles de comprensión del valor del don de sí mediante la corporalidad en el sacramento del matrimonio. El primero parte del significado concreto del cuerpo humano en su «esponsa-

² Cfr. CTC 87, 2.

³ “El tema del amor nupcial, que une al hombre y a la mujer, conecta, en cierto sentido, esta parte de la Biblia con toda la tradición de la «gran analogía» que, a través de los escritos de los Profetas, confluyó en el Nuevo Testamento y, particularmente, en la carta a los Efesios (cf. Ef 5, 21-23) [...]” (CTC 109, 1)

⁴ S. JUAN PABLO II (2003: 123-158)

⁵ Se utiliza la edición de Petri Marietti (1896) *Sancti Thomae Aquinatis Doctoris Angelici super Epistolam Sancti Pauli Apostoli ad Hebreos expositio*, en S. Thomae Aquinatis Doctoris Angelici in omnes S. Pauli Apostoli Epistolas Commentaria, disponible en <http://www.clerus.org/bibliaclerusonline/p-t/k0i.htm>.

⁶ CTC 116, 3.

⁷ “Son, éstos, interrogantes de carácter demográfico y, en consecuencia, de carácter socio-económico y político, relacionados con el crecimiento de la población en el globo terrestre. Son interrogantes que surgen en el campo de las ciencias particulares, y del mismo estilo son los interrogantes de los moralistas contemporáneos (teólogos-moralistas). Son antes que nada los interrogantes de los cónyuges, que se encuentran ya en el centro de la atención de la Constitución conciliar y que la Encíclica toma de nuevo con toda la precisión que es de desear. [...] El relieve de estos interrogantes supone una respuesta proporcionalmente ponderada y profunda.” (CTC 116, 3-4.)

⁸ CTC 114, 1.

⁹ CTC 87, 3.

¹⁰ CTC 90, 1.

lidad» y el segundo –y más fundamental–, de su significado metafórico, en el que el sacramento del matrimonio es signo de un gran misterio. Parece conveniente, por lo tanto, profundizar en cada uno de ellos.

Si se toma, para comenzar, el significado concreto de la corporalidad desde un sentido «esponsal», es fundamental, primeramente, remitirse a las experiencias originarias de «soledad», «unidad» e «inocencia» del hombre en el «principio», es decir, en el momento de la creación y previas al pecado original; que se encuentran desarrolladas a partir del estudio de san Juan Pablo II de algunos capítulos del libro del Génesis¹¹ y del sermón de la montaña que realiza Cristo en el Evangelio, en el que hace una llamada al «corazón» humano¹².

Por un lado, la experiencia de «soledad» originaria alude a la distinción que posee la persona humana respecto de otros seres vivientes del mundo visible y a la toma de conciencia de su superioridad. Superioridad que se manifiesta también en la estructura del cuerpo humano, que comporta una actividad propia y específicamente diferenciada dentro del reino natural. Por otro lado, el sentido de la «soledad» originaria entra a formar parte del significado de la «unidad» originaria¹³, al descubrirse que por medio de la iniciativa creadora de Dios “el círculo de la soledad del hombre-persona se rompe, porque el primer «hombre» despierta de su sueño como «varón y mujer»”¹⁴. Se manifiesta, de esta forma, una homogeneidad personal basada en una misma humanidad, pero que incluye la diferencia sexual entre varón-mujer en tanto que dualidad complementaria. Así, se revela la creación del hombre no solo como un «don especial ante Dios», sino también “[...] como un valor especial para el mismo hombre: primero, porque es «hombre»; segundo, porque la «mujer» es para el hombre, y viceversa, el hombre es para la mujer”¹⁵. Es decir, una comunión entre personas, que presenta la importancia de la existencia ontológica individual y un recíproco «para» el otro, en el que la masculinidad y la feminidad se constituyen, entonces como:

[...] «dos encarnaciones» de la misma soledad metafísica, frente a Dios y al mundo —*como dos modos de «ser cuerpo» y a la vez hombre, que se complementan recíprocamente*—, como dos dimensiones complementarias de la autoconciencia y autodeterminación, y, al mismo tiempo, como *dos conciencias complementarias del significado del cuerpo*.¹⁶

En su unidad personal, comunión y reciprocidad la masculinidad y feminidad humanas encuentran la confirmación y razón de sí mismas. Por último y en este sentido, la experiencia de la «inocencia» originaria refiere a la conciencia plena del significado del cuerpo por parte del hombre, que es volcado en la experiencia de mutua y recíproca revelación de la feminidad y masculinidad, en confianza con Dios. La desnudez originaria, en un sentido «esponsal» significa, por lo tanto, “el bien originario de la visión divina”¹⁷, sin ruptura entre lo espiritual y sensible, entre lo que humanamente constituye la persona. De esta forma, el varón y la mujer pueden verse recíprocamente “como a través del misterio mismo de la creación”¹⁸.

En otras palabras y volviendo al estudio de la «corporalidad» humana, “varón y mujer en el misterio de la creación son un don recíproco”¹⁹ y por lo tanto son portadores de una altísima vocación, en cuanto que participan de la experiencia de la persona encarnada²⁰. La «soledad, unidad e inocencia» a las que hace referencia san Juan Pablo II como propias de la identidad del ser humano son, en este sentido, la herencia y la certeza primigenias del verdadero significado que posee la realidad de la persona humana, tanto corporal como espiritualmente, creada a imagen y semejanza de Dios y llamada al amor y a la comunión interpersonal.

Sin embargo, con el pecado original se produce una escisión en la comunión y comunicación. La realidad humana tanto corporal como espiritual del hombre queda herida. El ser humano se presenta, a partir de ese momento, con un corazón temeroso de la mirada del otro y de Dios y pierde, en cierto sentido,

¹¹ Cfr. CTC 1-23.

¹² Mt 5, 27-28.

¹³ Cfr. CTC 8,1.

¹⁴ CTC 8, 3.

¹⁵ CTC 9, 1.

¹⁶ CTC 10, 1.

¹⁷ CTC 13, 1.

¹⁸ *Ibidem*.

¹⁹ CTC 19, 1.

²⁰ Cfr. CTC 87, 6.

la certeza originaria que poseía en su corporalidad en tanto que «imagen de Dios» y, de alguna manera, también el derecho a la participación en la percepción plena del mundo, del misterio de la creación. Es por esa razón que la alusión al corazón que se encuentra en las palabras de Cristo es también una llamada al *ethos* del hombre actual y a la dimensión interior y teológica que experimenta²¹, puesto que ese corazón “[...] no ha sido totalmente sofocado por parte de la concupiscencia, sino sólo habitualmente afectado”²².

De esta forma se puede comprender que, por un lado, queda manifiesto el verdadero significado del hombre concreto, pleno y sin distorsiones: varón y mujer, con una realidad corporal y espiritual que es «esponsal». Por otro, que esa realidad primordial humana, herida por el pecado, debe ser restaurada por medio de la redención en Cristo, en tanto que don perpetuo de sí mismo. Y en relación con este último sentido, ya en perspectiva escatológica, participar de la promesa de la resurrección final.

La realidad corporal del hombre «contemporáneo» y su necesaria redención remiten, por lo tanto, en su significado «esponsal», invariablemente, al análisis del segundo término en cuestión: la gran analogía que se presenta en relación con la entrega de Cristo a la Iglesia. El misterio del hombre, varón y mujer, y de su corporalidad se revela de manera perfectísima por Cristo, el Verbo hecho carne. Cristo mismo es quien puede develar nuevamente la realidad del ser humano al ser humano y la dinámica propia de su naturaleza personal, que solo se realiza plenamente en el don libre de sí.

El misterio de la persona y del significado esponsalicio del cuerpo, que a través de la masculinidad y feminidad descubre su razón existencial en el don recíproco, se halla expresado en no pocos pasajes bíblicos, que son señalados sucesivamente en las catequesis por san Juan Pablo II. Sin embargo, el santo Padre, resalta especialmente el nexo que se encuentra entre el *Génesis*, en tanto que momento creacional, la *Carta a los Efesios*, el *Cantar de los Cantares* y el *Libro de Tobías*²³.

En el estudio de la *Carta a los Efesios*, san Juan Pablo II continúa el hilo conductor que propone en los primeros capítulos de las catequesis sobre el significado concreto y metafórico del cuerpo humano, pero se sumerge de una manera específica en la teología del sacramento matrimonial. Al respecto, la *Carta a los Efesios* tiene como centro el cuerpo. El cuerpo, de cierta forma, es signo visible de una realidad invisible, trascendente y divina²⁴, y es el medio que utiliza Dios para realizar su obra salvadora en el hombre. Pero es en la donación amorosa de los esposos donde se manifiesta la realidad mística del signo. El don amoroso y libre de sí –cuyo vehículo es el cuerpo– es el que permite la verdadera comunidad en la que se realiza la comunión de las personas. Al donarse, la masculinidad y feminidad del cuerpo humano se iluminan, entonces, desde una realidad nueva y más profunda, que se adentra en las bases mismas de la sacramentalidad del matrimonio.

En este sentido, la *Carta a los Efesios* presenta, por un lado, los planes y designios de salvación de Dios, otorgados desde la eternidad y revelados en Jesucristo, que se realizan en la humanidad como don; y por el otro, el llamado a la participación de todo hombre de manera esponsal en ese don, en el Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia²⁵.

Y justamente, es en la relación salvífica y redentora de Cristo-Esposo con la Iglesia mediante el doble vínculo Esposo-Esposa donde se comprende la analogía con la alianza matrimonial²⁶. En el don de sí total de Cristo, el amor redentor se transforma en amor nupcial, puesto que:

[...] Cristo, al entregarse a sí mismo por la Iglesia, con el mismo acto redentor se ha unido de una vez para siempre con ella, como el esposo con la esposa, como el marido con la mujer, entregándose a través de todo lo que, de una vez para siempre, está incluido en ese su «darse a sí mismo» por la

²¹ Cfr. CTC 44, 1.

²² CTC 32, 3.

²³ En este sentido, ya ha realizado un valioso recorrido por las palabras de Cristo, que “se remitía al «principio» (Mt 19, 4; Mc 10, 6), al «corazón» humano, en el sermón de la montaña (Mt 5, 28) y a la resurrección futura (cf. Mt 22, 30; Mc 12, 25; Lc 20, 35)”. Pero la *Carta a los Efesios* pareciera ser en cierta forma, “el «coronamiento» de esas sintéticas palabras-clave” expresadas en el Evangelio. A su vez, es interesante encontrar la relación que el romano pontífice establece con otros dos textos bíblicos: el *Cantar de los cantares* y el *Libro de Tobías*, que se complementan y encuentran en línea con el estudio en profundidad del sacramento del matrimonio (Cfr. CTC 87, 2).

²⁴ “No solo la *indica* y expresa de modo visible en forma de signo, sino que la produce y contribuye eficazmente a hacer que la gracia se convierta en parte del hombre y que en él se *realice* y se cumpla la obra de la salvación, la obra presente en los designios de Dios desde la eternidad y revelada plenamente por Jesucristo” (CTC 87, 5).

²⁵ Cfr. CTC 87, 1.

²⁶ En palabras de san Juan Pablo II: “«Las casadas estén sujetas a sus maridos como al Señor...»; he aquí el primer miembro de la analogía. «Porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia...» éste es el segundo miembro, que constituye la clarificación y la motivación del primero. «Y como la Iglesia está sujeta a Cristo, así las mujeres a sus maridos...»: a la relación de Cristo con la Iglesia, presentada antes, se expresa ahora como relación de la Iglesia con Cristo; y aquí está comprendiendo el siguiente miembro de la analogía. Finalmente: «Vosotros, los maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella...»: he aquí el último miembro de la analogía.” (CTC 89, 8).

Iglesia. De este modo, el misterio de la redención del cuerpo lleva en sí, de alguna manera, el misterio «de las bodas del Cordero» (cf. Ap 19, 7).²⁷

²⁷ CTC 90, 6.

La unión esponsal entre Cristo y la Iglesia, que surge de la entrega total en la cruz, y la consiguiente búsqueda amorosa de la Iglesia de correspondencia a ese amor, supera todo límite humano y es una constante invitación a la participación en el Ágape Divino. De esta manera, se entiende que la obediencia que surge de la piedad y el llamado a modelar la vida y vocación matrimonial en Cristo es aquello que perfecciona al matrimonio.

Asimismo, en el *Cantar de los Cantares*, la realidad de amor y de exhortación que se expresa en *Efesios* se presenta desde la mirada del corazón humano, por medio del «lenguaje del cuerpo»: al experimentar la cercanía que nace del amor, los esposos tienden incesantemente hacia la belleza integral, hacia la pureza que contiene la síntesis de la belleza del alma y del cuerpo humanos²⁸. Esta expresión de la dinámica del amor esponsal, que se encuentra siempre en búsqueda y casi nunca saciado, surge de un *eros* que es llamado al *agápe* para su purificación²⁹. Es decir, el encuentro con la belleza del bien significa una iniciación en el misterio de la persona, porque el amor parece brotar de otra dimensión y llama e invita a la comunión con el otro³⁰.

²⁸ Cfr. CTC 111, 2.

²⁹ Cfr. *Ibidem*.

³⁰ Cfr. CTC 111, 4.

En conformidad con *Efesios*, se puede implicar que se descubre en el corazón mismo del hombre una constante invitación a participar del amor redentor y purificador de Cristo-Esposo.

Por último, en el *Libro de Tobías* el amor de los esposos debe afrontar la prueba de la vida y de la muerte. San Juan Pablo II afirma entonces:

Las palabras sobre el amor «fuerte como la muerte», que pronuncian los esposos del *Cantar de los Cantares* en el transporte del corazón, asumen aquí el carácter de una prueba real. Si el amor se muestra fuerte como la muerte, esto sucede sobre todo en el sentido de que Tobías y, juntamente con él, Sara van sin titubear hacia esta prueba. Pero en esta prueba de la vida y de la muerte *vence la vida*, porque, durante la prueba de la primera noche de bodas, *el amor, sostenido por la oración, se manifiesta más fuerte que la muerte*.³¹

³¹ CTC 112, 2.

Es decir, el «lenguaje del cuerpo» del amor humano que presenta el *Cantar de los Cantares*, en el *Libro de Tobías* y por medio de la oración y entrega a Dios, se hace alianza sacramental, que fundamenta, sostiene y fortalece la comunión matrimonial de los esposos.

Al retomar, finalmente, el sendero presentado por san Juan Pablo II sobre la sacralidad del cuerpo humano y su significado «esponsal», sobre su destino al don de sí al otro, se descubre la verdad esencial sobre el matrimonio: que el amor que corresponde a la verdadera unión solo adquiere su plenitud en tanto que es comprendido en la analogía de amor y donación total de Cristo-Esposo a la Iglesia; y también de la Iglesia, que busca corresponder en entrega total a Cristo.

Por lo tanto, en el matrimonio cristiano, el *eros* humano se transforma en tarea, en *ethos* para la mutua donación de los esposos. Sólo de esta forma es que el amor meramente humano se hace «fuerte como la muerte» y se une a Cristo resucitado, vencedor del mundo. Se estudia a continuación, en qué lectura puede comprenderse esta afirmación desde el análisis de la *Carta a los Hebreos*.

2. Me has formado un cuerpo

Si se profundiza en las raíces teológicas de la corporalidad humana en el sacramento del matrimonio con la clave de lectura que propone san Juan Pablo II, ciertos pasajes bíblicos parecieran adquirir una nueva luz que invita a su estudio desde la «teología del cuerpo».

La *Carta a los Hebreos* sugiere un interesante camino a explorar en este sentido: Cristo, Verbo Encarnado, asume la humanidad y se ofrece voluntariamente de una sola vez y para siempre como don perpetuo, total, único, perfecto y unido esponsalmente con la Iglesia por medio del sacrificio de la cruz, para la salvación de los hombres. Así, la novedad de Cristo en el mundo es absoluta: es verdadero Dios pero también es verdadero hombre, de carne y hueso, idéntico en naturaleza a todo ser humano, a excepción del pecado original³².

Sin embargo, para comprender el versículo de *Hebreos* 10,5 en profundidad y en el marco acotado de este estudio, es necesario introducirse dentro del contexto en el que se escribe la carta, con la guía de una exégesis bíblica. Y no hay mejor orientación, para lograr la propuesta, que la de Santo Tomás de Aquino³³. El Aquinate, con su rigurosidad característica, sigue en su *Comentario a la carta a los Hebreos* el mismo orden que en el texto sagrado, cuyos primeros versículos ya manifiestan cuál es el centro del mensaje: la síntesis de la historia de la salvación³⁴. Desarrolla en el *Comentario*, para lograr su objetivo, de manera sucesiva los temas de la encarnación, la mediación, el sacerdocio, la dimensión humana y divina y el ingreso al santuario, de Cristo³⁵.

Asimismo, la *Carta a los Hebreos* se divide en dos partes principales: la primera se centra en la excelencia de Cristo por sobre todo mediador del Antiguo Testamento, sea ángel, sacerdote o profeta, razón por la que el Nuevo Testamento no anula el anterior pero tiene preponderancia; y la segunda parte se adentra en las razones por las que el cuerpo de la Iglesia y sus miembros se unen a su Cabeza, que es Cristo³⁶.

Respecto de la primera parte, la *Carta a los Hebreos* expresa cómo la historia de la salvación se remonta a los orígenes del Antiguo Testamento. Dios va preparando a los hombres a través del tiempo para el misterio de Cristo, por quien hizo el mundo. Es por eso que la antigua Ley es preparación y figura de la nueva Ley. Y, en consecuencia, los sacrificios y las oblaciones realizadas en el Antiguo Testamento, si bien son extremadamente valiosas y necesarias, no logran realmente purificar los pecados, porque no poseen en sí la gracia santificante que brota de Cristo encarnado, muerto y resucitado. Sólo en Cristo y por Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, puede purificarse la humanidad. La alteza de Cristo queda manifiesta, entonces, al ofrecer en su unión hipostática, cuerpo y sangre, alma y divinidad al Padre, para el culto de la Nueva Alianza³⁷.

Ahora, el hecho de que el Verbo divino asuma la naturaleza humana implica que puede padecer, alegrarse, descansar, pensar racionalmente; es decir, vivir una vida humana, morir y presentarse al Padre con su humanidad para abogar por nuestra salvación. De esta forma, la humanidad de Cristo es como un órgano de la divinidad³⁸. A través de su humanidad, procura en el tiempo a los hombres los bienes que son eternos, se transforma en camino hacia Dios y en modelo de toda persona³⁹. Cristo, así, es mediador de los hombres, con dos movimientos, uno ascendente, ya que reconcilia a los hombres con Dios, y otro descendente, porque otorga a los hombres los bienes divinos. De esta forma, en Cristo se descubre una original e inédita realidad.

Respecto de la segunda parte de la *Carta a los Hebreos*, en continuidad con la primera, se pueden vislumbrar las razones por las que la Iglesia se une a Cristo como cuerpo a la Cabeza. En la primera parte de la *Carta a los Hebreos*, el Apóstol manifiesta que el camino al cielo se encuentra solamente en unión con Jesucristo y por medio de su cuerpo. Pero, resalta Santo Tomás, al seguir fielmente las Escrituras, que en la segunda parte de la *Carta a los Hebreos* queda explícitamente expresado que la unión no se realiza de cualquier forma: "[...] quien quiera subir debe estarle unido como miembro con su Cabeza"⁴⁰. Es decir, todo hombre, debe estar unido a Cristo por medio de la Iglesia Universal, que es su Cuerpo místico, puesto que Cristo es ministro del verdadero santuario; y su sacerdocio no es solo para un pueblo sino para toda la casa de Dios, que es la Iglesia militante y triunfante⁴¹.

³² Cfr. 1 Cor 15, 38-57.

³³ Se toman, al respecto, las recomendaciones del Magisterio dadas tanto por León XIII en la Encíclica *Aeterni Patris* como por sus sucesores, que le otorgan la primacía y preferencia doctrinal al Aquinate por sobre todos los demás doctores católicos.

³⁴ "Dios, después de haber hablado muchas veces y en diversas formas a los padres por medio de los profetas, en estos días, que son los últimos, nos ha hablado por el Hijo, a quien ha constituido heredero de todas las cosas, por quien hizo también el universo. Este, que es el resplandor de su gloria y la impronta de su sustancia, sostiene todas las cosas con su palabra poderosa y, una vez que realizó la purificación de los pecados, se sentó a la derecha de su Majestad en lo más alto del cielo; llegando a ser tan superior a los ángeles en la medida en que el nombre que ha recibido en herencia es incomparable a ellos." (*Hebreos* 1, 1-4).

³⁵ Sobre el estudio del *Comentario* de Santo Tomás, Cfr. CABRERA (2021: 22-23).

³⁶ Cfr. ELDERS (2009: 788). Respecto a la *Carta a los Hebreos*, es interesante recordar que, si bien no está claramente atribuida la autoría a San Pablo, la tradición la incluye dentro de sus cartas por la influencia paulina que tanto directa como indirectamente parece tener. Santo Tomás de Aquino aborda esta temática en su *Comentario* y, si bien se inclina por la admisión de la autoría de San Pablo, hace referencia al autor de la carta como «el Apóstol».

³⁷ En este sentido, cabe resaltar las cuatro razones de conveniencia que otorga Santo Tomás de Aquino por las cuales la salvación de los hombres se realiza debido a la naturaleza humana y divina de Cristo: 1) El pecado transgrede la Ley eterna y el derecho divino y estas realidades incumben al Verbo Eterno; 2) El pecado oscurece la razón, por lo que el hombre pierde la sabiduría y Cristo es la Sabiduría divina, por lo tanto, sólo Él puede rectificarla; 3) El pecado deforma en el hombre la semejanza con Dios y sólo el Hijo, que es imagen perfecta del Padre, puede enmendarla; 4) El pecado hace perder la herencia eterna al hombre y sólo Cristo, en tanto heredero, puede recuperarla para la humanidad. Cfr. CABRERA (2021: 25).

Cristo nos ofrece, por medio de la Encarnación, su Cuerpo en la Eucaristía y nos mantiene unidos en Él por medio de su Cuerpo místico, la Iglesia. Santo Tomás, comentando al Apóstol, describe este camino:

Así como el sacerdote entraba al santuario traspasando el velo, del mismo modo, si queremos entrar en el Santuario de la gloria, habrá que hacerlo por la carne de Cristo, que fue el velo de la deidad (Is 45); que no basta la fe en ella si falta en su Encarnación (Jn 14); a no ser que por velo entendamos su carne que se nos da en la Eucaristía envuelta en el velo de la especie de pan [...].⁴²

Es decir, el poder divino obra, para acercarse a los hombres, bajo el velo de las cosas visibles. La Encarnación de Cristo es, por la caridad, don de Dios que hace posible la mediación salvadora de la Cruz. Encarnación, pasión, redención y nupcias se unen, entonces, en la corporalidad de Cristo. Porque Él es verdadera víctima y ofrenda: por su pureza, es que puede borrarse todo pecado y por su cuerpo es que puede ser inmolado⁴³. Asimismo, Cristo en su unión hipostática, al donar «de una vez y para siempre» todo de sí, es, por amor, Esposo unido en matrimonio a la Iglesia-Esposa.

En resumen, en la segunda parte de la *Carta a los Hebreos* se plantea, por lo tanto, que Cristo, víctima sin mancha, se une esponsalmente a la Iglesia por medio de su humanidad. Su humanidad es, entonces, condición necesaria para la mediación que permite introducir nuevamente a los hombres, ya reconciliados y purificados del pecado, en el seno del Padre. Y la unión de Cristo a la Iglesia, su Esposa, es tan fuerte que permite otorgarles la esperanza a todos los seres humanos de «entrar en el santuario» en virtud de su carne y sangre⁴⁴. Y aquí es donde parece comenzar a vislumbrarse y enmarcarse el pasaje *Hebreos* 10, 5: “No has querido ni sacrificio ni oblación, en cambio me has formado un cuerpo”.

Ahora, con el contexto de *Hebreos* 10,5 planteado y brevemente expresado, es interesante volver a la «teología del cuerpo» que propone san Juan Pablo II y pensar de qué manera se encuentra entrelazado el versículo con el valor de la corporalidad como don en el sacramento del matrimonio. La «teología del cuerpo» sostiene que el valor de la corporalidad humana como don recíproco del varón y la mujer se encuentra en el corazón mismo del misterio de la creación. Que la masculinidad y feminidad descubren su sentido y destino en el matrimonio, puesto que la persona humana solo puede realizarse en plenitud a partir del don libre de sí misma. Y que esta vocación surge de la experiencia misma de la persona en tanto que «encarnada». Asimismo, que el misterio del hombre y de su redención se revela perfectísimamente en el Verbo hecho carne. Es decir, el ser humano encuentra su razón y destino en Cristo; así como, el Cuerpo Místico de Cristo, la Iglesia, encuentra su razón y destino en el matrimonio con Cristo.

En este sentido, la *Carta a los Hebreos* manifiesta la misma realidad y presenta una estructura temática similar a la *Carta a los Efesios*: en ambos textos se expresan los designios de Dios para la humanidad, en otras palabras, de la creación y salvación que encuentran su revelación y realización solamente en Cristo; y el llamado al hombre a la unión con Cristo por medio de su Cuerpo místico. La *Carta a los Hebreos*, al profundizar en la realidad de la dignidad de Cristo y de su corporalidad, en la dimensión de su entrega y don de sí mismo, puede otorgar entonces, particularmente, un ahondamiento en el llamado que tiene el hombre a imitarlo y a transformar su corazón.

Asimismo, san Juan Pablo II muestra cómo en el *Cantar de los Cantares* es que se encuentra la belleza del bien, expresada en el amor esponsal, reflejo de Cristo Esposo y su Esposa; y, cómo en el *Libro de Tobías* el amor debe superar la «prueba de la muerte» por medio de la obediencia a Dios y la entrega plena de sí, que prefigura el triunfo de la vida sobre la muerte que realiza Cristo y que otorga la esperanza de los bienes futuros al hombre: porque “durante la prueba de la primera noche de bodas, el amor, sostenido por la oración, se manifiesta más

³⁸ "Hoc autem excellentius habet Christus, qui est minister, non quidem inquantum Deus, quia sic est auctor, sed inquantum homo. Lc. XII, 37: *transiens ministrabit illis*. Humanitas enim Christi est sicut organum divinitatis. Est ergo *minister sanctorum*, quia ministrat sacramenta gratiae in praesenti, et gloriae in futuro" (*Super Heb.*, Caput VIII, Lect. I).

³⁹ Cfr. CABRERA (2021: 34).

⁴⁰ "Et ideo qui vult ascendere, debet ipsi tamquam membrum capiti suo adhaerere" (*Super Heb.*, Caput X, Lect. 2).

⁴¹ Cfr. *Ibidem*.

⁴² "Sicut enim sacerdos per velum intrabat in sancta sanctorum, ita si volumus intrare sancta gloriae, oportet intrare per carnem Christi, qui fuit velamen deitatis. Is. XLV, 15: vere tu es Deus absconditus. Non enim sufficit fides de deitate, si non adsit fides de incarnatione. Io. XIV, 1: creditis in Deum, et in me credite. Vel per velamen, id est, per carnem suam datam nobis sub velamento speciei panis in sacramento" (*Super Heb.*, Caput X, Lect. 2).

⁴³ Cfr. *Super Heb.*, Caput X, Lect. I.

⁴⁴ "Así, pues, hermanos, puesto que tenemos la gozosa esperanza de entrar en el santuario, en virtud de la sangre de Jesús, siguiendo el camino nuevo y viviente que él ha inaugurado a través del velo, es decir, de su carne, y puesto que tenemos un nuevo sumo sacerdote al frente de la «Casa de Dios», acerquémonos con un corazón sincero, con fe perfecta, purificados los corazones de toda mancha de la que tengamos conciencia y lavado el cuerpo con agua pura. Mantenemos firmemente la esperanza que profesamos pues el que ha prometido es fiel [...]” (*Hebreos* 10, 19-23).

fuerte que la muerte"⁴⁵. La entrega total nace de la fecundidad del amor y se hace visible en la realidad concreta del hombre, en tanto belleza y bien.

La aseveración "me has formado un cuerpo" presenta, entonces, una significación importante no solo para la comprensión de la inmensa realidad de Cristo y de su entrega nupcial, acto supremo de misericordia para con el hombre, sino también para la comprensión del hombre y su realidad esponsal. Dios se hace hombre para realizar de forma visible el pacto de la Nueva Alianza con la humanidad, que se consuma por medio de la unión esponsal y de la entrega total, en la Cruz. Pacto que es signo misterioso de la gracia de amor otorgada en la redención y que santifica a la Iglesia. Boda que es signo también de la Eucaristía, que prepara al hombre, por medio del Cuerpo y Sangre vertidos, para las Bodas Eternas. Este es el gran misterio que atraviesa la corporalidad humana y que vislumbra san Pablo en *Efesios*: el misterio de la Eucaristía, puesto que es en la Eucaristía donde Cristo realiza sacramentalmente y hace presente su acto redentor. Si Cristo al entregarse contrae nupcias con la Iglesia, de la misma forma, análogamente, en el matrimonio la entrega mutua se hace sacramento y misterio. En suma, el cuerpo humano es don, es medio y es camino de redención para los esposos, puesto que es querido así por Dios, desde *el principio*.

⁴⁵ CTC 112, 2.

Conclusión

El misterio de la encarnación y pasión de Cristo, que se une al misterio de las bodas del Cordero con la Iglesia, tal como refiere san Juan Pablo II, invita a la reflexión sobre la importancia y función de la corporalidad humana como elemento de donación de la persona en el matrimonio. En la realidad del Cuerpo de Cristo hecho don, el cuerpo humano se reviste de una sacralidad y esponsalidad renovadas. Por lo tanto, existe una importancia vital en la realidad corporal innegable en la persona humana, que cumple una función específica como elemento de donación en el matrimonio. Cristo se dona a sí mismo, de forma total, de una vez y para siempre, en la realización de su acto redentor. La imitación a Cristo por parte de los esposos es vital, entonces, para el sostenimiento de la santidad del matrimonio cristiano y para que el amor hecho don fructifique en bien y belleza.

Asimismo, la «teología del cuerpo» presentada en las catequesis de san Juan Pablo II ofrece numerosos puntos en común con la *Carta a los Hebreos*. El encuentro entre los textos abre la posibilidad para la lectura de otros pasajes bíblicos aún no explorados desde la mirada temática de la «teología del cuerpo», que pueden enriquecer los estudios sobre el matrimonio y la persona humana, tan necesarios para la actualidad.

Bibliografía citada

CABRERA, J.M. (2021): "El sacerdocio de Jesucristo en el Comentario de santo Tomás a la carta a los Hebreos". *Studium. Filosofía y Teología*. Vol. XXIV, 47, 21-45, <https://revistas.unsta.edu.ar/index.php/Studium/article/download/402/423/>

CONC. VAT. II (1964): Const. Dogm. *Lumen Gentium*, sobre la Iglesia, 21 nov., AAS 56.

ELDERS, L (2009): "La lectura" *Super Epistolam ad hebraeos* de Santo Tomás de Aquino. *Scripta Theologica*, Vol. 41, Núm 3, 785-810, disponible en: <https://dadun.unav.edu/bitstream/10171/11455/4/La%20lectura%20«super%20epistolam%20ad%20hebraeos»%20de%20Santo%20Tomás%20de%20Aquino.pdf>

JUAN PABLO II (2003): *El amor humano en el plan divino. Catequesis sobre la redención del cuerpo y la sacramentalidad del matrimonio, dadas en Roma del 5 de septiembre de 1979 al 28 de noviembre de 1984*. Pamplona, Fundación Gratis Date.

MARSAL, A (2006): "Teología del cuerpo" de Juan Pablo II. *Revista e-aquinas*. Vol. 4, 5, 50-92, https://observatorio.campus-virtual.org/uploads/930_Marsal_E-A2006_Teologia.pdf

PABLO VI (1968): Carta enc. *Humanae Vitae*, 25 jul., AAS 60.

PÍO XII (1943): Carta enc. *Mystici Corporis*, 29 jun., AAS 35.

TEÓFILO DE ANTIOQUÍA (2004): *A Autólico*. Madrid, Ed. Ciudad Nueva, (Fuentes Patristicas 16), https://www.eltestigofiel.org/index.php?idu=pa_12741

THIBON, G. (2010): *Sobre el amor humano*. Madrid, El buey mudo.

TOMÁS DE AQUINO (1979): *Comentario a la Epístola de San Pablo a los Hebreos*. México, Ed. Tradición (Col. «Santo Tomás de Aquino», nn. 7-13).

WOJTYLA, K [JUAN PABLO II]. (1979): *Amor y responsabilidad*. Madrid, Razón y Fe.

